

Nuestro Primer Ejército

Teniente Coronel José Roberto Ibáñez S.

A — PRESUPUESTO

El origen del Ejército Nacional, como institución dentro de la estructura jurídica del Estado, se visualiza a partir del 20 de julio de 1810 con el nacimiento de las primeras unidades militares, se conforma imprecisamente durante los siguientes seis años de la Primera República y se concreta el 7 de agosto de 1819, sustentándose luego en la Constitución de Cúcuta de 1821, pilar fundamental de la posterior vida republicana.

De esta forma, la Batalla del puente de Boyacá viene a ser la partida de Bautismo de la Institución, pues antes de ella, no había Ejército Nacional porque no existía la nación independiente y soberana. Sólo a partir de ella se conformó la República del valor y heroísmo del famoso Ejército Libertador, luego de la gran epopeya.

Más, no por eso, la esencia físico espiritual del Ejército Colombiano, es decir, su estructura humana, tiene coetáneo nacimiento. El alma nacional no surgió sólo como fruto de un cambio político en la vida del país a raíz de su emancipación, pues, para entonces, se encontraba en plena madurez luego de más de tres siglos de armónico desarrollo étnico cultural, gestado desde el descubrimiento y conquista de Tierra Firme o mejor del Nuevo Reino de Granada. De tal suerte, la imagen guerrera de Colombia se remonta a los singulares momentos del nacimiento y formación de nuestra nacionalidad, esto es, a los remotos tiempos en los cuales, aborígenes e hispanos, fueron preparados por la historia para la maravillosa simbiosis generadora del hombre colombiano o mejor del hombre latinoamericano en una de sus variantes.

Desafortunadamente, las circunstancias económicas sociales en las cuales se gestó y desarrolló el mestizaje durante siglos de conquista y colonia, así como las orientaciones filosófico políticas del siglo XVIII, que dieron como fruto la independencia; suscitaron encontrados criterios valorativos de nuestro ancestro, manifestados a través de una tropical inconformidad que, desde luego, no corresponde a la realidad del proceso histórico y en cambio sí entorpece y desvía la unidad de acción, tan necesaria para la proyección universal de nuestro pueblo.

Algunos, obedientes a las tesis de quienes señalan al hombre prehispánico en el más lamentable estado de atraso social y moral, redimido sólo cuando llegó la cristiana luz de la civilización europea, ven en los valores hispánicos aureolados con el grecorromanismo, la columna dorsal sobre la cual se ha de articular y construir el todo de nuestra historia y perspectivas futuras; sustentándose para ello en su hidalga prosapia allende de Atlántico, ya en las ariscas breñas asturianas o vascas, ya en las brujas tierras gitanas de Andalucía, o por que no, en la propia estirpe visigoda de Castilla.

Otros, en cambio, mirando la cara anversa de la moneda con un cristal turbio, con el del "Mito del buen salvaje" que muestra la vida aborígen como la más pura forma del comportamiento humano, violenta y sangrientamente interrumpida por el fanatismo católico y explorador de España, divagan en el supuesto de que otra nación europea nos hubiera descubierto y miran con frustrado anhelo a Norte-América, como digno ejemplo de su presupuesto histórico. Tamañas subestimaciones, que dejan apenas a la Geografía la formación de nuestra personalidad nacional, son por irreales, puntos falsos de partida para encaminar nuestro rumbo. Las primeras desconocen la fuerza étnica cultural indígena y por consiguiente el mestizaje, que es la realidad incontrovertible sobre la que sustenta y proyecta el alma colombiana. Las segundas, son dignas más bien de consideración, pues, por una parte, divagan en el mundo de la utopía y por otra desconociendo nuestro valer, ignoran la política colonizadora de otros pueblos que dado su espíritu racista y mercantil, no tuvieron el menor escrúpulo en exterminar el aborígen americano, rebelde y débil para el trabajo, con el fin de transplantarse integralmente al continente, eso sí, provistos para que su egomía económica política, de miserables y numerosos contingentes de esclavos africanos.

Además, a la luz de los nuevos adelantos técnicos científicos de la arqueología, etnografía y otras ciencias auxiliares de la historia, que han vuelto desueto el concepto de raza, las anteriores posiciones no resisten el menor análisis. En primer lugar, el romántico anhelo de sublimar al indio hasta colocarlo por encima del hombre civilizado, es un contrasentido para la misma obra de civilización del aborigen, pues, de ser así, no habría para que empeñarse en sacarlo de su estado primitivo. En segundo lugar, carece de sentido relegar culturas como la maya, azteca, inca o chibcha, portadoras de valores técnicos, científicos y culturales, amén de magníficas expresiones artísticas y religiosas que, dentro del desarrollo histórico de la humanidad, de hecho están colocadas en el plano de Culturas Superiores.

Y a propósito de los distintos pueblos indígenas de América, justo es reconocer la labor unificadora de España, que, mediante una superposición cultural, logró aglutinarlos, demostrando simultáneamente ser la nación mejor preparada en el momento histórico para la magna empresa del Nuevo Mundo. Pizarro, Cortés, Quesada, Balboa y toda esa pléyade conquistadora, se erige como la más digna expresión de las virtudes del auténtico pueblo español, capacitado de antemano por ocho siglos de tenaz y heroico batallar contra los árabes.

Por otra parte, "la imagen negra de España" surgida como fruto del racionalismo europeo, no ha pasado de ser más que una leyenda con poco asidero histórico, fruto más de la pasión que de la investigación. Pues, si bien es verdad, los conquistadores y sus sucesores encomenderos impusieron a los aborígenes vasallaje y explotación inmisericorde, llevándoles a una situación socio-económica marginal, que, con el tiempo suscitó desesperada resistencia, no es menos cierto, que, tal situación sobrevino contra la voluntad metropolitana, generalmente con notables consideraciones para el indígena. Únicamente en los primeros años del siglo XVI, la corona española toleró la esclavitud e inclusive aceptó tácitamente el exterminio de algunas tribus. Mas, esta situación, se debió a que al primer contacto castellano se tuvo en el Nuevo Mundo con los feroces antropófagos y aguerridos pueblos caribes de las Antillas, que por cierto suscitó entre los fanáticos filosóficos de la época, no pocas controversias acerca de su calidad humana. Pero una vez

conquistados pueblos como el azteca, inca o chibcha, cuyo desarrollo socio-cultural ofreció necesariamente menor resistencia a la nueva civilización, el gobierno español tomó conciencia de la realidad, manifestándose con una legislación respetuosa de la tradición y costumbres indígenas, en tanto no fueran contra los principios de la moral cristiana.

Desafortunadamente, las leyes se obedecieron pero no se cumplieron, por que "Dios no alcanzaba a ver y el Rey estaba demasiado lejos". Sin embargo, el indio desposeído y miserable, tuvo su tabla de salvación en la corona española, depositaria de sus últimos anhelos y esperanzas.

Por eso, no debe extrañarnos ver en los ulteriores movimientos independientes, pueblos indígenas como los que rodean a Pasto, sacrificarse completamente por el más estúpido de los monarcas antes de rendirse a los Ejércitos Libertadores, generalmente poco respetuosos de la religión y del patrimonio de los españoles. Sin embargo, por encima del anterior aspecto negativo, en la práctica, afloró el espíritu de la conquista, cuya esencia cristiana permitió tratar al indio como un ser humano, como a un infiel al que había que atraer para bautizarle.

Gracias a tan acertado espíritu evangélico, se conservaron numerosos grupos indígenas y se empezó a gestar el mestizaje a través de la lasciva admiración de la india por el intruso, arrogante y valeroso hombre blanco. Más tarde, el mestizaje de indio y español, se vió enriquecido con el aporte del esclavo negro; reemplazo del indígena en la dura labor minera y en la construcción de las grandes obras militares de Colombia.

Siendo además espiritualmente nuestro pueblo, producto de una contrapartida que el humanismo cristiano de España ofreció a América a cambio de la explotación parcial de sus riquezas y de una transitoria hegemonía política. Negocio éste, a la larga ampliamente fructífero para América, que vió nacer y crecer en sus entrañas un pueblo nuevo, mientras España desangraba y dilapidaba sus riquezas en manos de los mercenarios que sostuvieron las guerras religiosas europeas de los siglos XVI y XVII. Por eso canta así LUIS LOPEZ DE MESA: "Somos Africa, América, Asia y Europa a la vez, sin grave turbación espiritual. Nos dió Asia su sentido recóndito de la vida en la sangre aborigen que pobló nuestra cordillera oriental; nuestras

costas del Atlántico y del Pacífico recogieron sangre Africana, generosa y festiva; medida nos trajo y altivez el Asia europea; y a todas ellas transforma y une el paisaje de América.

Sentando la premisa, de que la realidad mestiza constituye la mejor expresión de nuestro ser nacional, conviene hacer breve recuento del quehacer bélico precolombino, con el objeto de entender el primero y más genuino rasgo de nuestro carácter guerrero. Y, para tal propósito necesariamente se ha de tomar al pueblo Chibcha, menos guerrero que el caribe, pero de organización social más avanzada y por ende más genuino representante del primigenio origen colombiano.

B — MITOLOGIA

Según informaciones más o menos fundamentadas, parece ser que el pueblo chibcha provino de la América Central, adquiriendo en su progresión hacia el sureste, influencia de otras tribus. Pero al llegar al centro de la Colombia actual, encontró el más a propósito marco geográfico para alcanzar rápido avance en su estructura social y consecuente florecimiento de una cultura agrícola con vestigios de organización matriarcal existente cuando llegó Don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Gracias a la tradición indígena, apenas recogida a medias con los prejuicios propios de la época por algunos cronistas españoles, se puede ofrecer un bosquejo sobre lo que bien pudiéramos llamar nuestro primer ejército. Pero antes de entrar por los caminos de la historia, conviene enredarnos en el mítico mundo Chibcha, con el fin de entender mejor ciertos rasgos peculiares de su carácter.

Así, dice la leyenda que, cuando Bachué emergió de la laguna de Iguaque con un niño en brazos, fue a vivir con él en una Chozza, hasta cuando llegó a la edad viril; tomole entonces por esposo para empezar con su fecundidad a poblar la tierra. Ya vieja la prolífera pareja, se lanzó a la laguna convertidos en gigantescas serpientes.

Por otra parte, el dios Chibchacum, indignado con el proceder humano, intentó castigarle por medio de una inundación aprovechando las aguas de los ríos Sopó y Tibitó, los cuales se

desbordaron por el valle acabando con las sementeras y cosechas. El hambre y la desnudez obligaron a los hombres a invocar la salvación al dios y héroe civilizador.

Apareció entonces por el Oriente el dios Bochica con su blanca barba, luenga cabellera y blanca túnica, sin más adornos que una manta de algodón, una cinta a manera de diadema sobre su frente y un bastón mágico con el cual rompió la montaña para que por allí se precipitaran las aguas, formando el salto del Tequendama.

Otra vez poblada la llanura, su bienhechor enseñó a los hombres a labrar la tierra, a tejer y a pintar bellísimas mantas de algodón, toda suerte de oficios útiles. Pero lo que más recalcó Bochica fueron sus enseñanzas morales y sociales, principalmente el respeto a los caciques a quienes no se podía mirar a los ojos, el culto a Sungunsua, el dios sol, y, la paz entre los distintos pueblos, quienes guerreaban continua y prolongadamente, bien para sojuzgar unos a otros o para evitar su propia ruina. Para que se cumpliera tal mandato, ordenó que un solo señor gobernase como supremo árbitro en las disputas de los hombres. Tamaño nombramiento recayó, según los Tunjas, en Hunzaua, primer Zaque de aquel lugar y según los Bogotáes en el Zipa, pues hasta el cacique de Guatavita reclamaba ese derecho.

Al morir Bochica en Sogamoso, legó al cacique de este lugar la potestad de hacer mudar el tiempo, de llover y granizar, además de servir de intermediario entre lo humano y divino, por lo cual se convirtió aquella ciudad en el santuario chibcha, y su cacique en el supremo sacerdote al que era necesario consultar todos los asuntos de paz y de guerra.

Muchas lunas transcurrieron desde el primer hunzaque hasta Tamagata, señor de larga cola, distinguido por su especial fervor religioso; en una sola noche diez veces iba y volvía de Tunja a Sogamoso a rezar, y cuyo distintivo de su majestad, —tenía cuatro orejas y un solo ojo—, más que suficiente para ver lo que pasaba entre sus súbditos.

Tamagata vivía en el celibato, pues había sido inhabilitado para engendrar por no escuchar los mandatos de Zue, quien le había ordenado no dar el trono a Tutazua, su hermano.

El tiempo fue pasando y aún cuando muchos caciques como los de Turmequé, Duitama, Sáchica, Chocontá, Guatavita y

Ubaque crecieron en poder gracias a la bondad de sus tierras y espíritu de sus pobladores, ninguno de ellos osó competir con el Hunzaque. Pero el señor de Bacatá, tierra de labranzas, gracias a la fertilidad de su comarca y número de súbditos, fue haciéndose poco a poco más independiente, llegando a someter a muchos caciques vecinos, y al final como lo veremos adelante, al Guatavita y Ubaque, osando además suplantarlo al Hunzaque. Y lo hubiera logrado, extendiendo sus dominios más allá del río Grande hasta las tierras de los poderosos Incas y Aztecas, de no haber llegado los hijos del sol, como un apocalipsis, ráudos como el venado y fuertes como el león, quienes con el horroroso estruendo de sus rayos y truenos y el monstruoso batallar sobre sus cuatro patas, terminaron con sus intenciones imperialistas.

C — TRADICION

Entrando de esta forma a la historia, sabemos que, para 1470, esto es veintidós años antes que castellano alguno pisara tierra americana y sesentaseis antes de que lo hiciera en tierras muiscas; cuando Bacatá rivalizaba con Tunja en el campo del honor, gobernaba la primera ciudad, Saguanmanchica, cuyo espíritu conquistador había logrado extender sus dominios hasta las tierras de los temibles Panches enemigos acérrimos de su pueblo, sobre el que hacían feroces invasiones para satisfacer sus estómagos de carne humana.

Por tal razón, Saguanmanchica resolvió dejar por los lados de Tibaquí, Ciénaga y Fosca, a sus fieles valerosos quechuas, guerreros especializados en combatir a los bárbaros vecinos y emprender campaña contra los sutagaos en pro de someterlos a su autoridad y gobierno.

Al efecto, envió a los usaques, que eran sus más fieles y señalados capitanes por las comarcas de sus caciques vasallos con el fin de reclutar un ejército suficiente para asegurar desde un comienzo el éxito. Estos lograron reunir treinta mil hombres, cifra que si bien podemos considerar un tanto exagerada, para la historia militar de Colombia es elocuente, pues como lo podemos observar luego, el número de combatientes de las batallas aborígenes, no podía igualarse en los cinco siglos subsiguientes de acontecer guerrero.

La muchedumbre pasó por tierras de los Pascas y Chaisaques, hasta señalado límite de las montañas coronadas de nubes. Pero Usatama, que así se llamaba el cacique de los sutagaes, enterado de las miras de su adversario, sin atemorizarse, antes bien, lleno de mayor coraje, reunió a sus principales caciques a quienes después de animarlos en nombre de la libertad, los condujo y subió a un estrecho valle rodeado de monte y bordeado por el profundo cauce del río Pazca, desde el cual, no sólo podía observar, allá a lo lejos, la ordenada aproximación de las huestes del Zipa, sino que le permitía una buena defensa o en el peor de los casos, retirarse a Fusagasugá sin mayores problemas.

Saguanmanchica por su parte, al ver cerrado el paso por sus enemigos, ordenó hacer alto a su ejército y reunió a los Usaques para planear la batalla. "En verdad les dijo, que el paso es estrecho y el enemigo nos ha tomado la cresta, pero esta, que fuera ventaja para otros más numerosos y experimentados guerreros, para ellos que son una muchedumbre bisoña es un embarazo, hagamos alto hasta mañana, mientras esta noche 2.000 de mis mejores hombres pasarán ocultos la montaña para colocarse detrás de ellos, de tal manera que mañana, cuando desaparezca chía del firmamento y empiece la claridad, atacaremos conjuntamente hasta lograr la victoria. Tal cual lo concibió el magnífico caudillo, al día siguiente se inició el combate; pero mientras las hondas y tiraderas empezaban a zumbar por los aires amenazadoras, los fusagasugaes, presa de espanto al verse acometidos por todas partes, se dieron a la huida, perseguidos tenazmente hasta las propias empañizadas de Fusagasugá, donde Izotama, herido mortalmente de un macanazo, y aconsejado por Tibacuy, su principal asesor también herido en una rodilla, prestó sumisión al Zipa a cambio de su vida y gobierno, juramento prestado ante Súe a través de sus rayos en el ocaso.

Al regresar los vencedores a Bacatá, varias lunas gastaron el celebrar el triunfo; más el Guatavita, instigado por el Hunzaque y celoso del poder del Zipa, invadió la sabana con numeroso ejército. Saguanmanchica acudió presuroso contra el arrogante señor de la Alta Sierra, derrotándole después de varios combates sucesivos.

Guatavita pidió entonces auxilio a Minchúa, hunzaque de Tunja, quien alardeando de su legitimidad, orgullo y valor, en-

vió embajada a Saguanmanchica a pedirle explicación de sus actos.

La respuesta del Bacatá fue concreta, los emisarios de Minchúa debieron regresar humillados y castigados, mientras el ejército de Saguanmanchica avanzaba por Sopó hacia la comarca de Chocontá. Enterado Minchúa quien ya ocupaba a Chocontá, cobardemente regresó a Tunja sin dar mayor explicación, por lo cual, muchos de sus caciques, desilusionados y desengañados, en adelante prefirieron mantenerse apartados de la contienda.

El Zipa aprovechó la nueva y ventajosa situación para castigar al Ubaque que quiere decir sangre de madero, quien faltando a su palabra había hecho alianza con Tunja y Guatavita, invadiendo los pueblos de Pazca y Usme. A sangre y fuego pasó Saguanmanchica por Chipaque y Usme, obligando a Ubaque a retirarse al fuerte peñón donde guardaba sus tesoros. No pudo el Bacatá perseguirle, pues los feroces panches, hambrientos de carne humana habían penetrado por las fronteras de Zipacón, Tena y el tenaz Guatavita nuevamente había invadido la sabana por Chía y Cajicá.

La guerra contra estos adversarios fue larga y porfiada; doce lunas, diez y seis veces gastó Saguanmanchica en expulsar a los terribles panches y a Guatavita de sus tierras, consolidando al fin su dominio sobre todos los pueblos de la sabana.

Para entonces el Poblado de Bacatá contaba con más de veinte mil familias y si hemos de agregar otras importantes poblaciones de la sabana, bien podemos calcular en medio millón los subditos del Zipa. Por eso, no podemos extrañar que, para hacer nuevamente la guerra al Hunzaque, hubiera levantado el zipa numerosos ejércitos, al que dividió en dos fuertes columnas, una de las cuales, aparentando perseguir a los panches, marchó sobre Sopó, donde junto con otra y el refuerzo del cacique del lugar, el ejército alcanzó a 50.000 guerreros que iniciaron la marcha por tierras del ya importante Guatavita, hasta Chocontá.

Entre tanto el zaque, apenas interesado en salvaguardar sus tierras sin pretender las de las demás, después de dar cuenta al jeque o sacerdote sobre la justicia y razón que le acompañaba para ir a la guerra contra su poderoso adversario, reunió más

de sesenta mil hombres, con quienes durante veinte días estuvo cantando sin cesar las causas de la lucha y suplicando a Bochica no permitiera fuesen vencidos, pues tenían la razón de su parte.

Cumplidos los ritos del caso, el Zaque marchó sobre Chocotá, a cuya salida le esperaba el Zipa. Medio día duró la terrible contienda; a golpe de macanas, hondas y flechas unos y otros se acometieron sin piedad, hasta cuando los dos poderosos señores en contienda que alentaban desde sus andas a su respectivo ejército, cayeron muertos en el campo de batalla.

Empero, la victoria había sonreído a los Bacataes, quienes contaban con tropas aguerridas y veteranas de las guerras contra los panches; sin embargo, tuvieron que retirarse no sólo a enterrar y llorar a su valiente caudillo sino a arreglar los asuntos sucesorios que correspondían a su sobrino Nemequene, o hueso de león, cacique de Chía.

Las reliquias del ejército del Hunzaque, con el cadáver de su señor quedaron en el campo de batalla para cumplir los ritos de la derrota; durante veinte días con sus noches, los guerreros fueron depositando sobre un lugar, primero las lanzas luego las macanas, flechas y tiraderas, quejándose a Bochica de que sus armas invencibles hubieran sido atropelladas por el enemigo a pesar de la razón y justicia que les acompañaban; pero se resignaban hechando la culpa a sus propios pecados con cantos tan tristes que hacían brotar las lágrimas de sus ojos, después regresaron a Tunja donde enterraron a su Señor con sus tesoros principales mujeres y esclavos, heredando el trono del Hunzaque, un mozo de apenas 18 años llamado Quinuinchatocha.

Continuará